

PROYECTO DE DECLARACIÓN SOBRE LA EDUCACIÓN HUMANA EN EL TERCER MILENIO

Introducción.

El primer cuarto del siglo XXI nos ha enfrentado a una sucesión vertiginosa de fuertes desafíos globales: guerra y genocidio en los Balcanes y en el Congo (a fines del siglo XX); y desde comienzos del siglo XXI la emergencia global del terrorismo internacional y la reacción, a menudo ilegal, de grandes potencias que volvieron más frágiles a las instituciones multilaterales; la crisis financiera mundial generada por un afán irreflexivo de lucro infinito y comportamientos antisocial; la guerra de agresión y la violencia militar ejercida sobre población civil en África, Asia y en Europa, en Ucrania; y en todos estos años, el desplazamiento y la migración forzada de migrantes; los retos a la organización democrática de la sociedad, la constatación de amenazas brutales a la sostenibilidad global, que condena a las generaciones actuales y futuras.

Ante tales desafíos a la condición humana en tanto tal la esperanza es un imperativo para la Humanidad y el punto de partida para una Educación para el tercer milenio que promueva una vida mejor y sobre todo una vida buena.

Es por ello que este es el momento oportuno para formular una Declaración sobre la Educación Humana en el tercer milenio.

Proponemos en primer lugar la necesidad de rebelarnos contra la deshumanización, la exclusión y la injusticia que afectan en parte a los sistemas sociales vigentes y consecuentemente al sistema educativo. A la deshumanización, oponemos una perspectiva de diálogo; a la exclusión, la combatiremos con apertura y con nuevos paradigmas, a la injusticia con la ética y el conocimiento que surge de los aportes de los educadores, los investigadores, las instituciones y las familias, en todas las latitudes, bajo todos los climas, bajo el signo de diversas convicciones religiosas y políticas, uniendo diversas sensibilidades.

Debemos trascender el enfoque de educar solamente para la inserción en el mundo laboral, lo cual supone una reflexión profunda al interior de los currículos en el afán de superar las perspectivas que limitan al estudiante en su condición humana. Los currículos pensados prioritariamente desde la lógica del mercado cercenan la vida como elemento sustancial de la educación, que queda relegada, marginada, ausente del currículo.

Declaramos la necesidad de construir una educación humana para el tercer milenio, el surgimiento de un nuevo humanismo para la educación. Nuevo humanismo al menos porque no intenta reproducir el individualismo radical de la modernidad que pese a sus notables aportes en todos los planos terminó convocando a su opuesto, el colectivismo deshumanizador. En esta asumida crisis de la modernidad que pregonoó el Cogito, el yo pienso deberíamos cuestionarnos el “nosotros pensamos”. Individualismo predator y colectivismo opresivo son así, al fin, las dos caras de una misma moneda. Ante estos extremismo proponemos una pedagogía del vivir que potencie el aprendizaje profundo, permite convivir pensando en el bien común y apoya una de las líneas más importantes de reflexión que aparece en la Declaración: la construcción de una cultura de la paz, así como también una invitación a recuperar el sentido de la vida.

Perspectivas filosóficas y éticas sobre el ser humano y los fines de la educación:

Una educación humana para el tercer milenio y para el siglo 21 pasa por el compromiso con la interculturalidad y la diálogo entre diferentes personas y colectivos que poseen diversas cosmovisiones, valores, prácticas, saberes y conocimientos, recuperando de este modo el más amplio diálogo de saberes.

Pero también un diálogo con la realidad natural y social que permita una mejor comprensión y transformarla para el bien de todos.

Se necesita la revalorización de las humanidades dentro de la educación como disciplinas que no se oponen a los saberes de otras disciplinas, sino que contribuyen al aprender a ser y al aprender a pensar bien, lo que requiere de atención y herramientas calificadas.

Debemos reconocer en ese nuevo humanismo la trascendencia, de fronteras, de géneros, así como la trascendencia espiritual y religiosa, previniendo que los movimientos intolerantes, religiosos o no, pretendan apropiarse de esa dimensión humana.

Una educación humana para el tercer milenio supone apelar a la dimensión utópica como algo que debe ser alimentado, cuidado, protegido y capaz de alumbrar nuevas realidades, entre ellas la de una Latinoamérica integrada, justa, libre, solidaria, promotora de una vida buena, en la utopía de un mundo mejor.

Los desafíos para la educación son diversos y cruciales: ecológico, antropológico, psicológico, epistemológico, ético, sociopolítico, económico y tecnológico.

El contrato social vigente ha dejado de lado dejó de lado a toda la vasta naturaleza no humana, a la Casa Común. Por otro lado, ha dejado de lado el espacio doméstico. Los verdaderos espacios vitales en los que vivimos, crecemos y nos desarrollamos con los Otros y Nos-otros. En la naturaleza y existencia humana, se ha marginado el rol fundamental de las mujeres, junto a otros rostros postergados: los no ciudadanos, los migrantes, las víctimas de nuevas formas contemporáneas de esclavitud y exclusión social. Es por ello que se requiere repensar la ciudadanía y ampliar las bases culturales y sociales del currículum.

Es oportuno recordar al gran prócer de Nuestra América, José Martí, para quien, ser una persona libre es ser una persona culta. La cultura, agregamos, implica prevenir la colonialidad del poder y del saber implica identidad, conocimiento de la propia historia y de la diversidad latinoamericana, reconocimiento de las raíces propias: ancestrales indígenas, mestizas y multiculturales.

La educación no puede agotarse en una racionalidad instrumental, en un mero saber aplicado al servicio de procesos técnicos y agotada en la racionalidad del mercado, de estilos de vida y formas culturales ligadas al neocolonialismo, a la marginación y la discriminación de los diferentes.

El sistema educativo supone la construcción de una comunidad de diálogo en torno de las cuestiones centrales sobre las personas y las comunidades. No se trata solo de reinventar y repensar el método, el cómo, sino también el para qué de la educación en todos sus niveles.

Los seres humanos somos sujetos dotados de una dignidad inalienable que debe ser reconocida y respetada, rechazando todo tipo de discriminación.

La espiritualidad en sus diversas manifestaciones y maneras de entender y construir sus mundos es una característica de nuestra humanidad, que nos pertenece por el derecho de ser seres humanos.

Se trata de construir una propuesta educativa que incluya la pluralidad y multidimensionalidad del pensamiento humano (más allá del *homo economicus* o el “*homo technologicus roboticus*”).

Ya no podemos entender al ser humano como centro del universo o como origen de la creación, sino como un ser dotado de una condición relacional con la naturaleza y vincular con otros seres humanos con quienes se constituye. El ser humano no es parte de la naturaleza sino que la constituye, está en relación con la naturaleza, con otros seres biológicos y con otros seres humanos. En este sentido, queremos recuperar la visión de nuestros pueblos indígenas y originarios, catalogada como el *Sumak Kawsay* (*Quechua) o el Buen vivir, donde el ser humano ya no es el centro, sino que vive en armonía y respeto con los otros seres vivos y todo su entorno.

La educación humana del siglo XXI debe desarrollar la capacidad individual y colectiva para generar conocimiento al servicio de toda la sociedad. Cada comunidad y territorialidad en su singularidad posee conocimientos ancestrales que no deben ser subvalorados en función de sistemas educativos orientados a la uniformización, o de estructuras sociales subordinados a intereses económicos, políticos o de poderes de cualquier tipo y nivel de dominación.

Nos enfrenamos a una nueva revolución tecno-económica global, sustentada en las neurociencias, nanociencias, la biotecnología, la inteligencia artificial, que, como otras revoluciones precedentes, amenaza con cristalizar asimetrías globales, marginando al mundo en desarrollo y postergando a las naciones y regiones más vulnerables.

La educación tiene entonces una enorme responsabilidad en combatir la fragmentación, la división y contribuir así a generar sentido y sentidos de la vida.

Así, dos vectores de la educación en el nuevo milenio nos interpelan: la comprensión y el amor a la humanidad.

La educación para el futuro próximo es aquella, en la que el individuo se define como defensor de la vida y se empodera de ella, para lograr el cambio de los actuales senderos de la sociedad de consumo autodestructor. Es urgente una educación para la libertad y la paz, que permita alcanzar la hermandad con el otro en una sola red vital de este pequeño planeta. Educar con libertad y responsabilidad, en este sentido, es la radical actitud ética de los educadores, haciendo que el conocimiento realmente sirva para la transformación de la conciencia humana.

Un desarrollo no sostenible guiado por meros intereses económicos pone en riesgo al ser humano. La educación es una fuerza central para nuestra sobrevivencia, pues no tenemos otro planeta que este, al que hoy tenemos reconstruir y legarlo a las nuevas generaciones.

La educación conlleva una dimensión antropológica fundamental para la cohesión social y la solidaridad intergeneracional, tanto como un fenómeno político, y supone formas de organización de la prestación educativa, sistemas educativos, canales de acceso, de promoción, de logro, de la selección de las oportunidades formativas. Todo lo cual se expresa en el currículum.

La centralidad política de la educación tiene una relación estrecha con la riqueza que las sociedades le atribuyen, como parte de los ideales colectivos, en tanto ofrece a todas las personas y familias herramientas culturales y técnicas sustantivas para su autonomía y desarrollo.

Una palabra que vincula ecología, feminismo y lucha por los derechos es el cuidado, palabra o categoría que hasta ahora no tenía entidad política. Es necesaria una educación comprometida con la humanidad de hoy para transformar y cambiar la mente de las generaciones de mañana. Por consiguiente, es imperante sustituir el modelo mental del 'final de la historia' por uno esperanzador, que ofrezca mejores relaciones entre los seres humanos e iguales oportunidades de vivir y trabajar con dignidad.

Se debe pensar en la educación como verdadero generador de conocimientos en términos de avanzar hacia una convivencia con los demás y con sus propias convicciones.

La vida interior se encuentra en ciertos contextos afectada por los excesos de la racionalidad llamada "científica". Se necesita generar situaciones de aprendizajes emocionales en el aula, la escuela, la familia y la comunidad que integren lo cognitivo y lo afectivo, las sensaciones, las percepciones, la conciencia crítica, la toma de decisiones y las maneras de actuar de manera reflexiva y responsable.

La idea de una pedagogía de los horizontes es una forma de concebir la educación como una vía de encuentro con personas, lenguas, culturas y modos de comprensión de lo humano, que es fundamental

para superar reduccionismos atávicos, comunitarios, excluyentes y superar la violencia simbólica y material como modo de relación humana.

El florecimiento del ser humano se da gracias al desarrollo de capacidades sustantivas, las cuales requieren ser apoyadas por el contexto sociocultural, político y económico.

Las capacidades sustantivas relacionadas con la educación tienen que ver con el desarrollo de la inteligencia, la imaginación, la sensibilidad estética, la posibilidad de expresarse en formas artísticas y espirituales, y la ética, que es educar la posibilidad que tiene cada persona de configurar para su vida una idea del bien y del mal, de la justicia o la injusticia, que le permite tomar decisiones sobre una idea de lo justo y lo correcto y de la manera en cómo afecta a los demás cada decisión.

Antropológicamente, los seres humanos somos aprendices natos. Por lo tanto abogamos por una epistemología de la educación que de un lugar central a la metacognición. La comprensión de los procesos cognitivos que guían los aprendizajes resulta fundamental en un contexto de una nueva revolución tecnológica y en especial ante los nuevos desarrollos de la inteligencia artificial.

Se subraya la importancia de educar en la empatía, la solidaridad y la compasión como emociones humanas que nos conectan con los demás y nos hacen conscientes de nuestra propia fragilidad.

Un nuevo humanismo en educación conlleva y requiere la construcción de sociedades verdadera y plenamente democráticas, capaces de superar formas de organización no democráticas, o cuasi democráticas, en la que las prácticas no se ajustan realmente a valores democráticos. La necesidad de educar en la democracia, la ciudadanía y los derechos humanos, requiere una educación para la ciudadanía democrática auténtica, para una democracia sustantiva, pluralista, abierta, flexible, tolerante y para la convivencia.

Eso significa desde la educación atrevernos a resolver problemas reales de las localidades donde vivimos y viven nuestros aprendientes por medio del aprendizaje por proyectos o el aprendizaje servicio, entre otras alternativas pedagógicas.

Se enfatiza la necesidad de que la educación atienda los siguientes dimensiones relevantes. Contextos regionales o locales y de esta forma se conecte con la vida real de los aprendientes: se trata de un llamado a la territorialización de la educación para que se pueda aportar desde la escuela soluciones a problemas reales. Identificación de problemas. Se trata de cambiar la visión del currículo de temas y contenidos por ir hacia la identificación de problemas aportando a la solución de un problema de una manera integrada e interdisciplinar. Multiculturalidad, como una necesidad clave en sociedades multiétnicas, receptoras de movimientos migratorios es otra necesidad. Recuperando asimismo el pensamiento ancestral, que ha estado invisibilizado. Sostenibilidad, ecológica y cultural, como dimensión central de un modelo pedagógico, que incluya también el reconocimiento de las mujeres a través de una perspectiva de género, un enfoque dialogante y crítico, cuyo objetivo sea la construcción de una cultura de la paz y una filosofía del vivir.

La clave de la educación reside en una filosofía vital que consiste en conocer la responsabilidad que cada uno tiene. Solo entonces podremos enseñar una ética de la responsabilidad y de la irrevocabilidad para formar seres humanos capaces de decidir, elegir y actuar de manera ética y capaces de asumir la ciudadanía en la relación constructiva con los demás.

Se requiere problematizar y por otro lado, convivir con esas diferencias que producen modos de vida mucho más potentes y cosmopolitas, que no son la biopolíticas, destinadas a hacer contra todos. Es una relación con mundo menos metafísica, menos marcada por una ontología, muchas idealista, humano más, mucho más asociada al cosmos política.. Implica un trabajo de desconstrucción de un racismo estructural, de desconstrucción de un machismo muy acentuado, de una heteronormatividad extremadamente demarcada y una identidad con sus propias diferencias.

Una educación que forme en la virtud, porque, como afirma Séneca, la clave de la pedagogía no reside en el exterior, sino en la fuerza de lo interior. Conocerse a sí mismo es convivir y ser virtuoso, es aprender a obrar bien de forma honesta, responsable e irreprochable. En este ámbito, la pedagogía del vivir sería el camino que conduce a hacer esa elección.

La educación tiene como reto el volver a recuperar ese sentido de comunidad, es decir, volver a recuperar en la racionalidad emergente la capacidad dialógica.

Sobre la escuela y la educación en América Latina

Debemos repensar la educación, tanto en lo formal y no formal, no exclusivamente desde el enfoque dominante de la “formación de competencias”, sino fundamentalmente enfatizando en la formación de las personas, creando experiencias y situaciones de aprendizajes pertinentes y significativos, recobrando el enfoque del desarrollo de las capacidades humanas como virtudes que nos hacen ser personas dignas, esas capacidades o potencialidades humanas de las cuales han venido históricamente hablando otros educadores y psicólogos.

Se requiere un diálogo de comunidades epistémicas, en el que, entre otros, también sabios y sabias indígenas conformen comunidades epistémicas a nivel de la educación formal y también a nivel de la educación comunitaria y la educación no formal, porque los pueblos indígenas a menudo han tenido una valiosa mirada holística de la realidad social y del mundo, que es preciso compartir y poner en diálogo con la cultura occidental

Nuestra tarea debe ser afirmar la universalidad de la educación, evitando caer en ciertos latinoamericanismos que son tan poco fértiles como ciertos eurocentrismos.

La filosofía latinoamericana, el pensar latinoamericano, nos obliga a abrirnos permanentemente a la novedad.

Una pedagogía del vivir se enfocaría en aspectos como la formación y la responsabilidad en el obrar bien, para que los jóvenes profesionales no solo tengan capacidades cognitivas y procedimentales para desempeñarse con éxito en su profesión, sino para ejercer la virtud y aprender a usar el tiempo de forma adecuada.

Pensadores como José Gaos afirmaron nuestra autenticidad, la universalidad del pensamiento, pero también su capacidad para dar cuenta de realidades diferenciadas y mestizas.

Existe una ciudadanía local, una ciudadanía regional, y también una ciudadanía global. Somos parte de una complejidad mayor y esta idea nos ayuda para configurar el futuro. Y tenemos que comenzar a mirar estos elementos como una convivencia regional, inicialmente.

Hemos fracasado durante los últimos 15 años en construir un Espacio Integrado de Educación Superior de América Latina y constatamos la necesidad de una perspectiva estratégica para la educación, la ciencia, la tecnología y la innovación en el marco de una concepción sostenible del desarrollo. Perspectiva estratégica que requiere de la acción mancomunada de gobiernos, universidades, bancos de desarrollo, de la sociedad y de sus educadores, para dotarla de financiamiento y viabilidad y sobre todo de profundidad y de sentido.

En la sociedad contemporánea definida por la digitalización, la escuela primaria, un centro de formación, una escuela de formación de profesores, están a un simple clic de su vinculación con el conocimiento de punta, redefiniendo así los roles de la educación superior. Debemos construir sistemas, redes horizontales mediante las cuales grandes universidades y facultades, colaboren con la formación de los profesores, especialmente del nivel preuniversitario.

Los espacios educativos, incluso aquellos propios del sistema escolar, y otros procesos educativos alternativos, pueden ser resignificados y transformados para reconocer que unos y otros constituyen espacios donde logramos llegar a ser lo que somos en lo individual y lo colectivo.

La educación, y en particular la educación superior, debe ser jerarquizada como espacio natural del pensamiento crítico, y nunca instrumentalizada para justificar a gobiernos y fuerzas políticas que ataquen los derechos humanos. Uno de los primeros compromisos que tenemos como educadores es que las libertades fundamentales, los derechos constitucionales, los derechos humanos, sean realmente la base de cualquier construcción que podamos hacer en la sociedad latinoamericana. Si olvidamos eso, simplemente olvidamos todo.

Tendencias globales que constituyen narrativas hegemónicas pueden generar presiones en las universidades para investigar y publicar en inglés, relegando a un segundo plano la producción científica local de la región. Se hace necesario entonces una universidad latinoamericana inteligente y solidaria, culturalmente autónoma, capaz de resistir formas sofisticadas de neocolonialidad del saber, siendo capaz de valorar e integrar conocimientos indígenas, prácticas locales y tecnologías apropiadas, en el marco de currículos universitarios que ofrezcan una educación más inclusiva y diversa.

La cultura de la paz es un imperativo de un nuevo humanismo, pero resulta central para América Latina, en especial en países que, como Colombia entre otros, siguen viviendo el flagelo de la guerra y la violencia, por parte de grupos armados, ligados al ilegal cultivo de la droga. Y estamos también viviendo hoy violencia institucionalizada, como en Ecuador, por ejemplo, que es producto de un aumento de la delincuencia, producto de actos de violencia como la extorsión, el secuestro, entre otros. Para construir la paz en los países en los que esta está afectada, se requieren transformaciones sociales y políticas, y ante todo una transformación cultural desde la educación.

Asistimos al espectáculo de cientos y miles de profesionales subocupados o desempleados, junto a caravanas de migrantes hacia los EEUU en búsqueda de su sueño esquivo.

Debemos hacer que el sueño de San Oscar Armulfo Romero, obispo y defensor de los débiles, los sueños martiniano, bolivariano, morazánico, zapatista o indigenista no se queden en palabras vacías, y que sepamos transformarlos en efectivas realidades humanas.

Consideramos importante recuperar valores indígenas como la reciprocidad y la solidaridad, así como las manifestaciones artísticas de los pueblos indígenas y de nuestros pueblos latinoamericanos, a través de sus creaciones, del relato oral, la danza, la música, la cerámica, el tejido, la pintura ancestral y otras que son maneras de crear y recrear el mundo.

Necesitamos pues una educación humana para la construcción de una ciudadanía intercultural, para nuestras realidades latinoamericanas es sumamente importante, pues esa convivencia democrática entre diversos en términos culturales y étnicos.

Nacidos en la tierra de Andrés Bello, de Simón Rodríguez, de José Martí, de José Vasconcellos, de Anísio Teixeira, de pioneros y novaescolistas, de Gabriela Mistral, de Paulo Freire, de Pablo Latapí, de Juan Carlos Tedesco, de Edith Litwin, o Cecilia Braslavsky, del Aleijadinho, de Ribera, Siqueiros, Frida Kahlo, Guayasamín, Torres García, José Enrique Rodó, Rubén Darío, Manuel Ugarte, César Vallejo, García Márquez, Vargas Llosa, Felipe Herrera, Darcy Ribeiro, Ángel Rama y Alberto Methol Ferré, entre tantos hombres y mujeres de pensamiento y de fe, y de todos los grandes héroes de nuestras naciones, abogamos por un nuevo humanismo, por una Educación Humana para el Tercer Milenio y por una humanidad capaz de convivir en paz, de ampliar sus horizontes, de construir una pedagogía del encuentro, del cuidado y del amor, haciendo posible así un futuro sostenible para las nuevas generaciones y una vida buena, llena de sentido, de esperanza y de bien.